las ruinas de Rheinfels ofrecen un espectáculo imponente, que no puede ménos de impresionar al hombre más apático.

Más abajo de Rheinfels penétrase en el país de los enanos y de los gnomos, en el país de las minas de plata y plomo, explotado al ménos desde la época romana, y cuyas riquezas eran conocidas probablemente mucho ántes de aparecer en el Rhin los primeros legionarios. Ehrenthal, en la orilla derecha, y Werlan en la izquierda, abundan en leyendas y cuentos sobre los espíritus que abandonan sus tesoros, bien contra su voluntad, y que parecen ser tan caprichosos en su trato con los mortales como sus hermanos de los bosques y de los rios. Algunas veces prestan auxilio á una doncella, como la de Ehrenthal, á quien perseguia el cruel señor de las minas; pero otras complácense en hacer daño y saben tomar formas espantables para llevar á cabo sus fechorías.

Ehrenthal es un valle muy salvaje, cuyo aspecto desolado contrasta con la verde espesura de los jardines de Welmich, situados un poco más arriba, en el mismo lado. Las ruinas del castillo del Raton, de que ya hemos hablado, elévanse en la montaña que hay detrás del pueblo, y cuya solitaria torre domina á bastante altura la majestuosa corriente.

Muchas de las ciudades situadas en la orilla izquierda del Rhin son de fundacion romana, habiendo tenido por orígen los castillos ó *castra*, construidos para proteger la frontera imperial. Así, por ejemplo, Boppart, el primer punto importante que encontraremos ahora, fué la Baudobriga romana; los muros de la primitiva fortaleza, que forman un cuadro de verdadera mampostería romana, se hallan dentro de la ciudad; miéntras que las paredes exteriores son de la Edad media; datan de una época en que Boppart habia llegado á ser ciudad imperial, donde se reunian algunas veces las Dietas. Ahora ya no encontramos en su lugar más que el centro de una ciudad muy pintoresca, cuya magnífica iglesia, del más puro estilo románico, fué edificada á principios del siglo XIII. El Tempelhof recuerda los Caballeros Templarios de Boppart, que fueron los primeros en lanzarse á la brecha cuando la toma de Tolemaida en la tercera Cruzada; y tambien se encuentran en las oscuras y angostas calles algunas casas que por su antigüedad son la delicia del arqueólogo y del artista.

Un precioso valle, el Mühlthal, conduce al Rhin desde Boppart, y á corta distancia está el Fleckerts Hohe, colina que se eleva á 1663 piés, poco más ó ménos, siendo famosa por los magníficos puntos de vista que se observan desde su cumbre. Desde otra pequeña montaña que está más cerca de Boppart se ve el curso del Rhin por cuatro diferentes puntos, debiéndose á ello que se haya dado á esta eminencia el nombre de «los cuatro lagos»; pero la perspectiva de Fleckerts es mucho más extensa, aunque desde aquí no se vea bien el rio, pues comprende el Siebengebirge, ó Siete Montañas, ofreciendo un espectáculo digno de verse.

CALABRIA Y SICILIA

Siracusa, vista desde el Teatro griego

Nápoles ó Salerno suelen ser el límite sur de las excursiones de los viajeros por Italia; muy pocos hacen una rápida visita á los templos de Pœstum, y ménos son aún los que siguen la cordillera que termina en las salvajes montañas de Aspromonte.

Sin embargo, no será esto porque la region situada más al sur de esa tierra clásica carezca de naturales atractivos y de reminiscencias históricas. Las majestuosas montañas y los espléndidos paisajes no pueden ménos de excitar la admiracion de todos los viajeros, atrayéndolos

irresistiblemente, no sólo á recorrer el país, sino tambien á permanecer algun tiempo en las frescas pendientes ó en los ricos valles de esta hermosa y descuidada tierra; pero muchos se retraen, y hasta cierto punto no les falta razon. Sólo por una causa podria explicarse el hecho, y es porque los míseros habitantes de esta region privilegiada no llegan á comprender que podrian adquirir mucho oro inglés y americano si establecieran cómodos hoteles ó casas de hospedaje y trataran honradamente con los extranjeros en vez de despojarlos en los caminos, darles muerte ó secuestrarlos para pedir luégo un rescate. Tal como están hoy las cosas en el país, ó como estaban hasta hace poco, sólo hay dos medios de visitar la Calabria con seguridad: el uno se reduce á ir bien armado, con suficiente acompañamiento para rechazar, ó mantener á respetable distancia á los cobardes bandoleros que infestan el país; el otro consiste en viajar á pié, pobremente vestido, ó mejor aún con un traje andrajoso y manchado, sin ningun equipaje, ni siquiera una maleta, llevando lo estrictamente necesario para llegar á la ciudad más inmediata, donde el viajero puede recibir despues su equipaje, puesto que en Italia se remite por el correo si lo encarga anticipadamente el interesado.

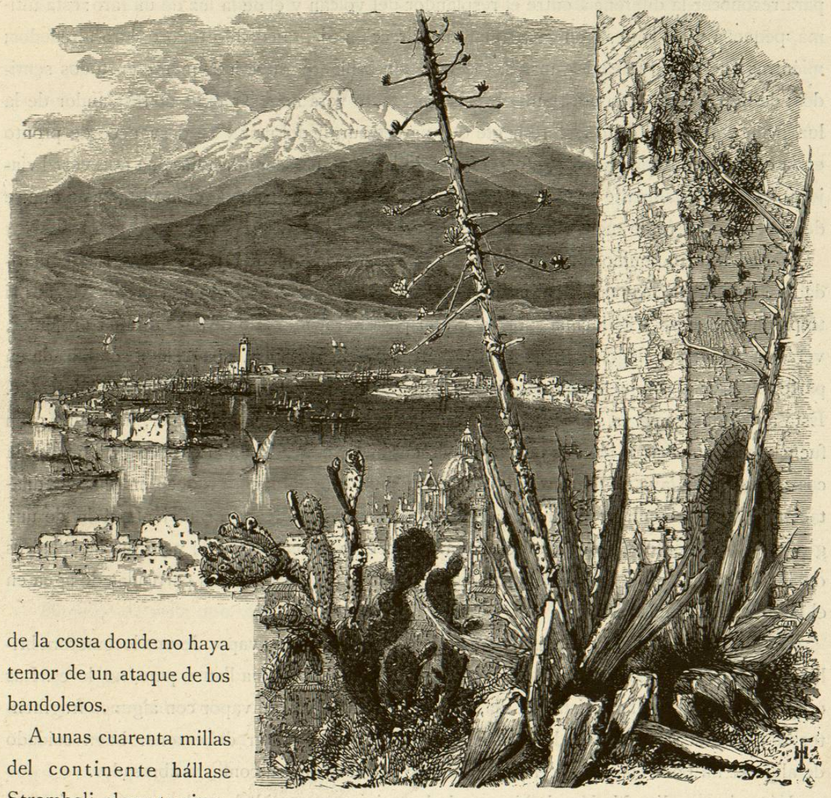
Bien vale la pena hacerlo así, aunque sólo sea para estudiar una de las anomalías de la naturaleza humana. Los mismos que matarian sin reparo al viajero que parece rico, sólo para robarle un puñado de oro, manifiestan el mayor interés y bondad hácia el extranjero que, pobremente vestido y solo, parece buscar de pueblo en pueblo trabajo para su subsistencia. Si entra en una hostería del camino, frecuentada por esos mendigos que pululan por todas partes, convirtiéndose en bandoleros cuando se presenta una oportunidad, todos rodean al extranjero y le dirigen repetidas preguntas, manifestando deseos de saber, sobre todo, si tiene padres, si es casado, si está muy léjos de su patria, etc., etc. Satisfecha su curiosidad, llenan de vino el vaso del viajero y ofrécenle compartir su comida ó su cena.

Se podria formar idea de la condicion general del pueblo de la region sur de Salerno por el hecho de que algunos años há era cosa muy comun ver cuadrillas de trabajadores, hombres y mujeres, puestos en línea cavando en los campos con unos largos azadones para hacer un surco como el que se traza con el arado en nuestros países. Un hombre, especie de capataz, provisto de un grueso y largo palo, descargaba recios golpes sobre todo aquel que molestaba á sus compañeros, sin perdonar á las mujeres. Esto sucedia durante el reinado de Fernando Bomba, pero probablemente sucederá lo mismo hoy.

Aunque es tan difícil viajar por tierra, una excursion por la costa desde Nápoles á Mesina, es decir, un trayecto de doscientas millas, se puede efectuar sin grandes obstáculos, debiendo advertir que el paisaje de la costa es uno de los más interesantes. Esta excursion puede hacerse en un vapor, pero mejor es tomar un yacht ó cualquiera otra embarcacion de recreo, con tanta más razon cuanto que siempre se puede estar seguro de que la brisa hinchará la vela, no siendo ántes de salir el sol ó despues de ponerse.

Cuando reina una completa calma mar adentro, como sucede generalmente en el verano, en toda la línea de la costa sopla la más agradable brisa desde poco despues de salir el sol hasta el oscurecer. Despues sigue una breve calma, y vuelve á soplar la brisa, muy ligeramente al principio, mas luégo con creciente intensidad, hasta que sale el sol. Por esto es muy

agradable recorrer toda la costa; y debe recomendarse á los viajeros que para semejante excursion alquilen una *speronara* tripulada por tres ó cuatro hombres, si no tienen un yacht de su propiedad y si no van de prisa. Despues de fumigarse bien la embarcacion y sus hombres, requisito indispensable, y de tomar las provisiones necesarias, se puede explorar la costa de Calabria y de Sicilia, desembarcando en los puntos más interesantes y en los pueblos



Puerto de Messina

de la costa donde no haya temor de un ataque de los bandoleros.

A unas cuarenta millas del continente hállase Stromboli, el punto situado más al norte, y el más interesante de las islas de Lipari, grupo de rocas volcánicas que surgen bruscamente del mar, formando como una cordillera de comunicacion entre el Vesubio y el Etna; su aspecto desnudo y escabroso tiene á primera vista poco atractivo para el viajero, pero bien vale la pena de recorrerlas.

Stromboli difiere del Vesubio, del Etna, del Hecla y de la mayor parte de los volcanes que conocemos: en estos no se producen erupciones sino á muy largos intervalos, casi nunca regulares, miéntras que el Stromboli está en perpetua actividad, aunque no rigurosamente en continua erupcion. A intervalos marcados despide llamas, siempre tan brillantes, que cual-

quier viajero que despertara en medio de la noche á pocas millas de la isla ignorando su posicion, creeria que aquella luz intermitente era el resplandor de la de un faro, con tanta más razon cuanto que el volcan ocupa precisamente el sitio donde deberia haberse construido uno de esos edificios tan necesarios para los navegantes.

Sin embargo, basta una cuidadosa observacion, á una distancia de tres ó cuatro millas, para reconocer la diferencia entre el resplandor del volcan y el de la luz de un faro: esta última, pequeña y brillante, ilumina sólo en una direccion fija, quedando todo oscuro alrededor; miéntras que la luz volcánica, más ancha y no tan brillante, radia igualmente en todos sentidos; de modo que por la noche un observador atento verá no solamente el resplandor de la luz, sino tambien un cono fosforescente que parece surgir del mar y se desvanece de pronto en la oscuridad. Esta especie de fuego fatuo de la montaña asombra y fascina á la vez al viajero, que maquinalmente se detiene para contemplarlo, sin apartar de él la vista hasta que se desvanece del todo en medio de la oscuridad.

En aquel foco luminoso no hay llama alguna, pero cualquiera creeria verla. La regularidad de las erupciones permite al curioso acercarse para observar el interior del volcan; si trepa hasta el cono y se inclina sobre el cráter para mirar al fondo de sus entrañas ardientes, verá una especie de lago de roca en fusion cuya superficie es una capa de lava solidificada en parte, observándose que en ciertos sitios el agua se ha mezclado con la materia incandescente. Esta agua, que como ya se comprenderá se halla bajo la forma de vapor, tiene una gran fuerza de expansion; á medida que se eleva ensánchase gradualmente, encuentra al fin la costra ó capa de lava en parte solidificada de la superficie del lago, produce en ella una dilatacion, esta se revienta, y entónces sale una gran columna de vapor, semejante á la de una gigantesca locomotora. La salida del vapor produce la llama eruptiva, y su luminosidad es debida á la reflexion de la luz del ardiente lago que hay debajo por las partículas de agua en el acto de la condensacion.

Lo mismo se observa en pequeño cuando la blanca nube de vapor de una locomotora brilla por la noche al reflejar la luz del hornillo; entónces parece una llama, pero no lo es. Las erupciones del Stromboli, vistas de dia, son simples columnas de vapor con algunos fragmentos de costra de la superficie de lava. El que mira sobre el cráter debe tener buen cuidado de alejarse un poco cuando ve el vapor elevarse, para evitar su contacto abrasador.

Véase lo que dice M. Humboldt, una de las primeras autoridades sobre esta materia, respecto á la formacion de los volcanes de Stromboli:

«El vasto horno subterráneo, cuyas principales chimeneas son el Etna y el Vesubio, ha hecho surgir tambien probablemente los volcanes muy pequeños, pero en extremo activos, de las islas Stromboli, conocidos con los nombres de Volcano y Volcanello, así como tambien el del monte Epomeo, en Ischia, el cual está apagado desde su última erupcion ocurrida en 1303.

»Del horno volcánico, cuyos orificios son las islas, partió en 1783 una erupcion que hizo surgir, á unas diez leguas de distancia de Volcano, un nuevo islote, arrojando al mismo tiempo masas tan considerables de *pumita* (piedra pómez), que el mar se cubrió de ella en un espacio

de cincuenta leguas á la redonda. El capitan de un buque dinamarqués, que fué el primero que vió el islote, tomó posesion de él en nombre del rey de Dinamarca, dándole el nombre de Nijoe (Isla Nueva): pero ántes de haber trascurrido un año, esa nueva joya de la corona de aquel monarca desapareció con tanta facilidad como habia surgido, y actualmente sólo se ven dos ó tres rocas que marcan el sitio donde estuvo el lugar del hecho.»

M. de Humboldt ha dicho en alguna de sus obras, que la actividad de los volcanes parece manifestarse en razon inversa de sus dimensiones, y esta apreciacion se justifica perfectamente por lo que hace á las islas Lipari. Cierto es que desde los tiempos históricos no ha ocurrido allí, al ménos que sepamos, ninguna erupcion fuerte, pero los cráteres de esos volcanes lanzan de continuo llamas, humo y *rapilli*, debiendo atribuirse la causa de estos fenómenos á que no tienen que vencer, como en los volcanes de cuatro á diez mil piés de altura, la resistencia considerable de las masas en fusion. Como su orificio se halla cerca de una legua más próximo al hornillo subterráneo, los gases no están comprimidos con bastante fuerza para causar una violenta erupcion.

La vista que damos del puerto de Messina bastará para formar idea de la anchura de los estrechos entre las fabulosas rocas. No se ve nada formidable en Scylla; y en cuanto á Caribdis, nadie sabe dónde encontrarla; ni áun los anticuarios han llegado á estar jamás acordes sobre el punto donde pudiera hallarse, y hasta difícilmente descubren más que algunos arrecifes que representen el terrible remolino que arrastraba las antiguas galeras hasta las cavernas situadas debajo del monte Etna, ó las arrojaba á Taormina, á treinta millas de distancia.

La antigua torre ruinosa situada en la extremidad del promontorio de Sicilia, el cabo Peloro, se considera por algunos como los restos del monumento que Aníbal erigió á la memoria del piloto asesinado.

El golpe de vista que ofrece el estrecho de Messina justifica sobradamente los elogios que se han hecho; difícil seria combinar en un sitio dado tantos elementos de belleza natural y de grandiosidad como los que hay aquí. Las lejanas montañas de Aspromonte en la costa calabresa y los soberbios picos de las rocas, cubiertos de nieve durante la mayor parte del año, contrastan con la más rica vegetacion, con los campos de maíz, los viñedos, los limoneros, los naranjos y los olivos.

En las orillas de los caminos crecen aquí, así como en otros puntos de Sicilia, lo que aquí llaman la «higuera india,» especie de cactus muy espinoso, que tambien se ve en el puerto de Messina junto á los aloes, y en Limino, romántico pueblecillo situado á pocas millas del camino que pasa cerca del cabo de San Alejo. Este fruto es tan comun en Sicilia como las zarzas y espinos en otros países, y no cuesta poco abrirle, porque está cubierto de largos pinchos de una pulgada de longitud que se clavan como agujas.

Las naturales bellezas del paisaje se realzan con las ciudades y pueblecillos, pues las paredes de piedra de las casas, sumamente tersas y relucientes, brillan á los rayos del sol cual si fueran de jaspe.

Reggio, San Giovanni y Scilla son las poblaciones de más importancia en la parte de